

Comunidad: Profecía de humanidad

Rafael A. Soto

Filósofo. Miembro del Instituto E. Mounier.

Dios se dijo: No está bien que el hombre esté sólo.

(Génesis 2, 18)

La comunidad no es algo accidental, es algo constitutivo; le es necesaria al ser humano para el desarrollo de sus potencialidades personales. Imposible vivir una vida personal prescindiendo de los otros. A lo sumo, podríamos sobrevivir. Porque entender al ser humano como persona supone indicar su apertura radical al mundo y a los demás. La comunicabilidad es su rasgo más característico, que no se desarrolla quedando replegado. Es a partir de los demás, en la respuesta ética a su interpelante llamada, como llegamos a realizarnos y a comprendernos a nosotros mismos.

Precisamente esto, tan subrayado en la tradición judeocristiana, ha sido torpemente abandonado en la filosofía académica para agotarse en la filosofía del yo único y de sus productos. Nuestra cultura ha creado el mito del individualismo: un hombre abstracto, sin ataduras ni comunidades naturales, dios soberano en el corazón de una libertad sin razón ni medida, que desde el primer momento vuelve hacia los otros la desconfianza, el cálculo y la reivindicación. Hemos acabado montando un tipo de sociedad y de convivencia que impide resolver los problemas más elementales. Sin embargo, somos tan

orgánicamente comunidades que podríamos definir a las verdaderas comunidades como personas colectivas, como *personas de personas*. Toda comunidad aspira en última instancia a convertirse en persona.

El ideal

Podemos trazarnos su ideal: sería la atmósfera donde cada persona, empujada a los valores superiores, se realizaría en la totalidad de una vocación continuamente fecunda y donde la comunión del conjunto sería la resultante de cada uno de los éxitos singulares. Todos y cada uno serían insustituibles y esencialmente queridos para el orden del conjunto. El único vínculo sería el amor.

Esta comunidad no es de este mundo, así pues, nos queda buscar sus realizaciones sociales para que tantos hombres no sigan por la vida sin conocer una sola auténtica comunión (una verdadera familia, una sola amistad verdadera, ¡nos son tantas veces tan desconocidos!). Casi todos consideran comunidades a lo que son sólo sociedades, aglomerados impersonales.

A veces con una familia, con unos amigos, parece que despunta esta comunidad personal, pero una amenaza las arrastra siempre. Han formado un día una verdadera comunidad espiritual, luego la vida normal recobra su realidad.

Su historia es la oscilación entre un nivel y otro.

¿Cómo se constituye una comunidad?

Primero es el «llamamiento», porque nuestra elección no parte de nosotros sino que hay alguien anterior ante quien se responde responsablemente abandonando las demás cosas para estar juntos en torno a una misión: un objetivo último común. Para el cristiano, esta llamada viene de Dios, que es el modelo de vida comunitaria y su pro-vocador; su propuesta al hombre para vivir como hijo y hermano es la realización de la comunidad.

Una vocación que está ya en nosotros como don, pero que sólo existe tensionalmente, como tarea, ya que entra en colisión con otras tendencias del ser humano. Algunas de ellas son tan antiguas como el hombre, otras están agudizadas por la cultura moderna.

Habrà cosas más que dejar atrás (y hay ceses que son buenos, porque el absurdo nos ha hecho imprescindible muchas cosas), pero con la misma alegría de aquél que abandona todo lo suyo al descubrir un tesoro mayor y mejor.

Pero la comunidad es algo más que un grupo con ventajas organizativas para la misión; es una realidad de mayor calado humano.

La persona es vocación, encarnación y comunicación. Son tres

Filosofía para un tiempo de crisis

dimensiones que la dirigen a la comunidad. Comunión que ha de ser también:

- vocación conjuntamente buscada y co-asumida; esa es la misión: el descubrimiento de la provocación, de la llamada singular, que la realidad hace a cada uno de nosotros.

- encarnada, afrontando las condiciones en que está situada desde las que ha de elevarse. No se trata de evadirse de la realidad sino de transformarla.

¿Qué tipo de comunidad?

Nos interesan comunidades que sean signo, realización concreta en cada situación histórico-cultural, de lo que esta llamado a ser el hombre, todo hombre. Hay quien ha expresado esto como comunidades que sean a un tiempo hogar y taller.

Hogar sugiere el lugar humano del encuentro y la distensión –zona verde de relaciones humanas– de la plegaria personal y comunitaria, de la palabra que todos necesitamos oír, de la resistencia a los ídolos culturales, de la fiesta. Espacios gratuitos donde andar en zapatillas. Tiempo de silencios profundos, para vivir en la intimidad del pronombre, donde se pronuncien las palabras «tú eres una persona importante», «adelante», «te acepto», incluso por debajo de todo conflicto.

Taller sugiere el lugar donde se manejan herramientas, se idean proyectos, donde junto a otros se dirige la propia vida y se realiza en una vocación común: se elige desplegar la propia existencia no como naufrago, sino como navegante. Elegir la empresa en la que gastarse y desgastarse, en la que realizarse y en la que crecer.

Talante y retos que deberá asumir.

Al margen del ideal, donde no hay problemas de relaciones entre

la comunidad y las personas que la constituyen, en la vida real la comunidad, aún siendo la coordinación natural de las personas, da lugar a tensiones, desilusiones y conflictos casi permanentes. Hay que crear una especie de sabiduría práctica para superarlos y no acabarse en ellos. Existen dificultades, pero no hay que exagerar. Donde hay diálogo, acaba por hacerse posible, aún en la divergencia, el encuentro.

Estos son algunos de los rasgos que han de marcar su talante:

- Fraternal.
- Capaz de vivir cotidianamente, en los roces y tensiones de la convivencia diaria.
- Apostando confiadamente por el otro en su realidad, con sus capacidades y sus limitaciones: concederle crédito para hipotecar mi vida junto a él.
- Sin eliminar las diferencias; no es la homogeneidad, sino la unidad en la diversidad lo deseable. Unidas desde las diferencias y el respeto a sus peculiaridades.
- Con una vivencia distinta de la posesión: compartir los bienes y austeridad en medio de una sociedad que identifica el tener con el re-tener para sí, y que mide por el consumo. Eso permitirá ser generosos. La comunidad se compone de personas cuyo proyecto básico no es tener, sino compartir con los demás lo que son y lo que tienen.

- Toma de decisiones autogestionaria, para no caer en las trampas de los líderes, y conforme a la lógica del cor-razón.

- Equilibrada entre la tentación permanente a dispersarla y la fidelidad esforzada en reagruparla. Respetando la libertad para permanecer como estructura de crecimiento, y libertad para dejarla por nuevos proyectos, cuando bloquee este crecimiento.

- Siempre alerta, asumiendo como tarea permanente la comunidad que nunca está hecha del todo. Por la intimidad y vulnerabilidad que libremente asumen sus miembros es un lugar lleno de riesgos, donde habrá que estar atentos para que no se degrade.

- Abierta hacia fuera: las relaciones interpersonales que establece entre sus miembros es centrífuga. Es la estructura que permite el salto confiado al mundo. La comunidad tiende a expandirse y a enriquecer a otras personas con este encuentro.

- Más allá de una solidaridad orgánica, organizativa, es una solidaridad basada en la Fraternidad que reclama la igualdad y produce la máxima libertad.

Esto, sólo es posible en pequeños grupos, con personas reales y cercanas por las que hayamos optado. Ese es el reto que tiene la familia, la comunidad religiosa, o cualquier otra forma de agrupación que quiera ayudar en el crecimiento de las personas.

Todas las experiencias nos llevan al mismo punto: imposible alcanzar la comunidad esquivando a la persona, asentar la comunidad sobre otra cosa que no sean personas sólidamente constituidas. El *nosotros* y el *yo* se constituyen mutuamente.

Para una pedagogía de la iniciación a la vida comunitaria.

La comunidad no nacerá espontáneamente de la vida en común. Es don y tarea. Requiere y formará personas libres, iguales, capaces de

Filosofía para un tiempo de crisis

perdón, abiertas solidariamente a todos en el servicio.

Al igual que el primer acto de iniciación a la persona es la toma de conciencia de mi vida anónima, correlativamente el primer paso de iniciación a la comunidad es la toma de conciencia de mi vida indiferente.

El otro comienza a ser un elemento de comunidad cuando se yergue ante mí como *segunda persona*, cuando es deseado como primera persona, y asume un rostro. Es un reto lanzado en cada encrucijada; asumiéndolo sólo quedarían *yoes*, *túes* y un sólo *nosotros* abarcando estas infinitas singularidades.

Conocer a una persona es un duro trabajo que no se hace en serie. Por eso la experiencia de la comunidad es primeramente una experiencia próxima. No se trata de amar a la humanidad sino de amar al prójimo, al cercano, aquél con quien a una yo me hago persona y aquel con quien estoy comprometido vitalmente. De modo que, o nos personalizamos los dos en el encuentro recíproco de la presencia, o nos quedamos reducidos al mundo de las relaciones anónimas (el «se» en el que ambos somos canjeables por cualquier otro). Se trata de darse al prójimo tanto como a la realización de la propia persona, consciente de que el desarrollo de ésta es imposible sino como co-crecimiento con aquél.

La comunidad no es posible en el ámbito de esas grandes palabras de la descomprometida filantropía burguesa. La encarnación exige empezar por unos concretos. No comienza a haber un nosotros comunitario hasta el día en que cada uno de sus miembros ha descubierto a cada uno de los demás como persona y comienza a tratarlos como tal, ocupándose de elevarlos a los valores singulares de su voca-

ción propia, y así elevarse con cada uno de ellos.

El nosotros comunitario se forma de este modo de *nosotros dos*, *nosotros tres*, aumentándose progresivamente hasta el infinito. Es con mi amigo –concreto, cercano, con nombre y rostro– con quien me acerco al amor de los restantes hombres. «Amo a algunos hombres y la experiencia es tan generosa que por ella me siento comprometido con cada prójimo susceptible de cruzarse en mi camino».

El aprendizaje de la comunidad es pues el aprendizaje del prójimo como persona en su relación con mi persona, lo que se ha llamado el aprendizaje del tú.

Consecuencias

Esta forma de vida tiene muchos aspectos que socialmente serán considerados heréticos frente a los valores y pautas al uso. La mayoría de la gente se defenderá de cualquier cambio cualitativo; no le interesa que le hablen de otro tipo de sociedad ni de otro modelo de convivencia, porque lo que todo el mundo quiere y aspira a tener es un buen piso, el coche y los mil artilugios que la publicidad nos vende como ideales. Además, habrá poderes establecidos que en este modo de vida verán peligrar sus poltronas, y pretenderán desacreditar y atacar a cuantos vivan de manera

que resquebraje el sistema de privilegios que les ha colocado sobre sus semejantes. Sin este espacio humano que la sostenga, sería una lucha hacia fuera que podría ir mermando a la persona.

Y entonces ¿qué?

Nunca han existido tantas sociedades. Nunca menos comunidad. El mundo moderno ha provocado una decadencia comunitaria: nos empuja a debatirnos entre individualismo o sociedades sin rostro; en todo caso despersonalización masiva. Frente a ambos hemos de proclamar una vez más la propuesta personalista-comunitaria.

«Para nosotros decir “esto es bueno en teoría, pero no sirve de nada en la práctica” es inmoral», por eso conviene encontrar propuestas de avance, y hacerlo, no en las formas mesiánicas nuevamente hoy de moda, sino transformando nuestras estructuras de socialización: nuestras familias, estados, ciudades, la construcción de Europa, para garantizar la atmósfera y libertad necesaria para la persona; para que progresivamente sean más comunidad.

Toda la humanidad es una inmensa conspiración de amor propuesta a todos sus miembros. Pero, a veces, faltan los conspiradores. De ahí la urgencia de conspirar comunitariamente, mostrar en medio de lo real la semilla de lo realizable, ser referente profético, que muestre –aún con su torpeza y limitación– su viabilidad y excelencia.

Ser humano pide hoy menos elocuencia, menos inflación de palabras y más generosidad. Menos sabios clarividentes y más profetas y testigos que encarnen cuanto anuncian. La edificación de una vida comunitaria es hoy en día una urgencia y exigencia imperiosamente categórica.